

Hoja Obrera

ORGANO DE LA "SOCIEDAD DE TRABAJADORES
Y DEFENSORA DE LOS DERECHOS DEL PUEBLO"

Los domingos | San José Costa Rica, domingo 17 de octubre de 1909. Año I—No. 1

EDITORES:

Elias Hernández

José M. Jiménez

Oficina: Avenida Central, casa de don Rafael
Acuña, Cuesta de Moras.

Publicación mensual C. 0-25
Precio convencional.

Envíase la correspondencia al apartado 270.

Nuestro Saludo

Saludo a los nobles de sangre roja;
saludo a los nobles del corazón y del
alma para los que tienen las
virtudes ejecutorias cuya libranza
sólo tiene sólo por los esfuerzos
de los soldados del Trabajo y del
Bien para los hijosdalgo de la
inteligencia; para los trabajadores
honrados; para los pensadores
sinceros; para los buenos luchadores;
para nuestros hermanos que sufren y batallan sobre la faz
de la tierra: para ellos es la atención
de nuestro saludo, la fraternidad
de nuestro cariño al iniciar el empeño de mejora y de
liberación que esta hoja alen-
tará en el fatigoso estruendo de
los talleres y en la angustia sin-
gular de los campos.

Sociedad de Trabajadores

Saludamos respetuosamente a
nuestros compañeros, los trabaja-
dores de los ramos de que se
compone la obrera costarricense
nos la libertad de invitar, tanto en las luchas
de hoy como de mañana, a gozar de nuestros
derechos en este campo de nues-
tra actividad obrera. No se
debe perder este llamamiento
que nos heralda; nuestro

deseo es que surja la justicia y cobije
con su poder a quienes como a noso-
tros se nos ha visto con marcada par-
cialidad; nuestros defectos son iguales
a los defectos de todos, pero son fuer-
temente censurados por quienes en
mejores circunstancias cometen faltas
mil veces más censurables; y tú, bendi-
ta justicia, te muestras frágil y compa-
siva con los figurines de mentida posi-
ción, mientras cebas tu ira contra el
obrero y trabajadores; me dirás que tú
castigas los hechos y no las ilustra-
ciones sociales; te invito a visitar la
Penitenciaría y verás que allí es como
las tela-arañas, que sólo los pequeños
insectos están presos, mientras los bi-
chos grandes andan, cantan, se di-
vierten y gozan de todo mientras los
otros exclaman: dónde estás, justicia?

Esta sociedad la hemos formado con
el fin de luchar contra todo lo malo,
venga de donde viniere. Luchare-
mos contra todos los vicios y malas
costumbres, fomentaremos la más es-
tricta honradez a todos los obreros, en
particular a los que pertenezcan a la
Sociedad de Trabajadores; procurare-
mos que los obreros cumplan con sus
compromisos: puntualidad y honradez.
Estos son puntos importantísimos que
desarrollaremos en otros artículos.

A los obreros y trabajadores les
brindamos las columnas de este pe-
queño vocero; esperando que con su
valiosa cooperación y nuestros esfuer-
zos unidos, se levante fuerte y pode-
roso el cuerpo de trabajadores costa-
rricense.

Los costarricenses estamos en la
metamorfosis del siglo XVIII. Rompa-
mos el capullo del pasado y veremos
a los habitantes de otras regiones
apoderados del frondoso árbol que la
madre naturaleza nos brindó para
nuestro sustento; pero nosotros, tími-
dos y como degenerados, creemos que
el maná viene del cielo, creyendo en
los cuentos mitológicos. Manifestamos
que los trabajadores sólo estamos con-
finados únicamente en nosotros mismos.

GREGORIO SOTO

Apuntes de Mazelín

Un diablillo burlador sustrajo de
entre los papeles que son basura para
"La Información" los últimos apuntes
que para ese periódico escribió Ester
Mazelín. No puede ser igual todo lo
que "La Información" bota; pero si lo
fuera, nosotros seríamos con mucho
gusto su basurero. Tanto, que quisié-
ramos para esta hoja todos los vali-
mientos que necesita cuando desea
que resulte un honor para quien los
escribió, la publicación de estos *Apun-
tes*:

"EN EL TEATRO"

La promesa del cartel guardaba pa-
ra mí el encanto de una hora placen-
tera; y en el ansia de ese encanto los
instantes parecían enormizarse para
mortificarme en la espera de aquel
otro de olvido y de reconciliación, des-
pués del cual volvería quizás conta-
giada de los delicados portos, de los
modales exquisitos de las damas y de
los caballeros con cuyas finezas iba a
contrastar sin duda mi fosquedad, me-
tida entre ellos por la virtud del pre-
cio y por la gracia igualadora de la
boleta de entrada.

Porque aquella noche iría al teatro
—llena de sus atavíos y con todos sus
refinamientos—la llamada clase *alta*,
la *culta* sociedad.

Y no era todo eso porque se trata-
ra de un espectáculo famoso, causati-
vo digno de la alta atención; sino que
el exhibicionismo inmodera sus trazas
cuando el descoco de un nuevo figu-
rín amenaza anonadar ya al geniecillo
de una moda que mostraba apenas, al
compás de las respiraciones, las rosas
seductoras de la carne oprimidas por
un feto ya en desuso; y la frivolidad
de una película de picarescos detalles
es ocasión como pocas para que la
malicia dibuje sus sonrisas sobre el
blanco y el carmín de los rostros, y
para que brillen las pupilas en sus or-
las de belladona, y para que el oro y
el marfil de las dentaduras luzca en el
terciopelo grana de las bocas.

Y hace ya tantos días que los alcázares de nuestra realeza no se incendian en la gloria de sus deslumbramientos! Quizá desde la última noche en que el Nacional abrió sus puertas, cuando los grandes de este suelo celebraron la independencia de la patria, cuya conmemoración los llevó á embriagarse en el triunfo de la belleza y del arte, mientras la ironía de los contrastes resaltaba en la tristeza de los parias que gritaban por las calles su despecho.

Sólo que á la exhibición cinematográfica del domingo íbamos también quienes queremos y necesitamos una hora siquiera, una hora tan sólo de arrellanamiento y de recreo en los largos días de fatiga y de zozobra.

Pero está de ellos que no podemos los tristes hallar placer en donde los *selectos* lo encuentran. Porque fue para nosotros una estada angustiosa aquélla, entre la multitud de salvajes bien vestidos y de bellas tontas sonrientes; fué una tormentosa estada bajo el lujo radioso de las arañas de luz y entre el oropel que lo cubre todo en derredor; fué una estada mortal frente al lienzo á veces desbordante de emociones que llenaban el alma, que encendían el cerebro, que tocaban el corazón.

Una alegría estúpida lo llenaba todo en aquel salón lleno del calor de la luz, del olor de los trajes, del humor de los cuerpos. Los infelices arriba, tocando con las puntas de sus melenas erizadas, las ornamentaciones del techo. Abajo, cabezas negras y cabezas rubias de cabelleras brillantes por el aceite y domadas por el cepillo; cuellos blancos y morenos y dorados; cuellos descubiertos de mujeres y empuñados cuellos de hombres; de hombres y mujeres sonrientes siempre y atentas al interior de los palcos, contentos en aquella agrupación distinguida, luciente en el relumbrar de sus joyas, y de sus sedas, y de sus botinas de charol. Una turba nostálgica de circo; una colectividad solidaria en sentimientos y emociones lijeros, que gritaba escondida en las penumbras, que silbaba, que pateaba ferozmente cuando no había luz, y que volvía á exhibir muy ufana el afeitado de sus caras y el adorno de sus trajes cuando los focos se encendían como antorchas de una civilización momentánea que tornaba hombres cultos á la luz, aquellos rudos seres que ahuyaban en la sombra.

La brutalidad increíble que allí había, la agresiva hostilidad de aquel ambiente, llenaron de tristezas mi alma; y tuve miedo de estar allí; yo, que

iba para alegrarme entre los hombres cultos; yo que buscaba en alegrías de buen tono el alivio de un hondo pesar que aquella noche mordía con saña en mi corazón.

Pero ahora el recuerdo me dice calladamente que no hay que espantarse de eso, que es muy común y muy propio; que por las noches, cuando las fiestas sociales terminan, esa grito salvaje se oye en las calles dormidas, en las calles que la policía vigila contra los desmanes inconscientes y lastimosos de los que no reciben los forros civilizados que allá, en Europa, empaquetan cuidadosamente los obreros de los grandes almacenes.

Hacedle sombra á los señoritos.

ESTER MAZELIN

La victoria es nuestra

Para que la clase proletaria haya resistido centenares de siglos todas las causas de debilitamiento y siga suministrando hombres robustos é inteligentes, preciso era que poseyese incomparable fuerza de vitalidad; y la burguesía, que después de tan poco tiempo de dominación y lucha ha llegado en pleno goce á un grado tal de apoltronamiento, no tiene derecho á proclamar que de su seno salen los más aptos y los mejores. Los hechos nos prueban que no tienen ese monopolio y que está muy por bajo de lo que su situación debiera permitirle hacer. Por lo que precede se ve que la libertad de la "lucha por la existencia" á que apelan los burgueses, sólo es ilusoria; y que ese combate por la vida, el cual quisieran ver perpetuarse entre nosotros, es próximo pariente de aquellos con que en sus sangrientas orgías se deleitaba la aristocracia romana, y en donde, si condescendía á tomar parte en ellos, caballeros armados, con todas armas peleaban contra pobres esclavos desnudos y armados con una espada de hojalata.

A los burgueses que vengan diciéndonos que la vida es un eterno combate, donde los débiles están destinados á sucumbir para dejar sitio á los más fuertes, podemos responderles: Aceptamos vuestras conclusiones.— ¿Decís que la victoria es de los más fuertes y de los mejor organizados? Pues bien; estamos conformes: nosotros, los trabajadores, pretendemos la victoria con arreglo á nuestras teorías. Vuestra fuerza consiste en el respeto que habéis sabido crear en torno de vuestros privilegios; vuestro poderío estriba en instituciones que habéis alzado como una muralla entre nosotros

y las masas, instituciones que no podríais defender reducidos á vosotros solos; vuestra perfección resiste en ignorancia en que hasta hoy no habéis tenido acerca de nuestros propios intereses; nuestra aptitud está en habilidad que sabéis desplegar para obligarnos á ser los defensores de vuestros propios privilegios, los que nos hacéis defender bajo los nombres de "Patria! Moral! Propiedad! Sociedad!" etc.

Pues bien; hoy vemos claro vuestro juego; empezamos á comprender vuestro interés es diametralmente opuesto al nuestro; sabemos que nuestras instituciones, lejos de protegerlos sólo sirven para oprimirnos cada día más en nuestra miseria. Y entonces os decimos á voz en grito:

¡Abajo las preocupaciones que nos abajan! ¡Abajo el estúpido respeto á instituciones rancias, abajo la falsa moral! Nosotros somos los más fuertes, mejor dotados, puesto que al cabo de una incontable serie de siglos luchamos contra el hambre y la miseria, todos por un trabajo derrengado, en mortíferas condiciones de mala vida, y aún estamos en pie y con actividad; nosotros somos los más fuertes, puesto que nuestra producción y nuestra actividad son quienes permiten á nuestra sociedad mantenerse.

Pretendemos la victoria, porque mejor adaptados, puesto que al día siguiente á la mañana podríamos desaparecer del globo terráqueo vuestro, sin que eso nos impidiera seguir produciendo, y tanto más consumiendo así; mientras que desde el momento que nosotros nos negásemos á producir para vosotros, á mudarnos os sería imposible realizar ningún trabajo productivo.

Pretendemos la victoria, por ser los más numerosos; los débiles (según vosotros) basta para legitimar todas las audacias, justificar todas las aspiraciones y absolver todas las injusticias. En el día del combate, nosotros defendemos nuestro derecho y aplicamos nuestra sentencia, y nos quedamos de la sociedad de la cual sólo quedamos los parásitos y microbios disolventes.

Vosotros mismos lo habéis dicho:

¡La victoria es de los más fuertes!

JUAN

UN CASO

Para Ester

Esta mañana he tenido una experiencia muy desagradable: acostumbrado ya á leer la prensa, á manera de de

"Apuntes Diarios" que un periódico publicaba bajo el nombre de *Ester Mazelin*; y ya me era necesaria esa lectura que me revelaba todos los días una buena voluntad, un hermoso empeño que no podían ser sino de un compañero esforzado que batalla en la defensa de los humildes, de los tristes. Pero hoy no encontré lo que con tanta ansia buscaba siempre en el periódico: el manjar que traía á mi mente la fruición de lo exquisito; los escritos llenos de sinceridad y de noble intención. *Ester Mazelin* no escribió más; sus pensamientos no vinieron ya á contribuir para la felicidad de los trabajadores y para enseñarnos á ser buenos, para señalar los grandes males y para combatir el egoísmo brutal de los dueños, de los predestinados. Tuve entonces el dolor de los grandes sucesos malos, y pensé que alguno de esos pobres seres que aceptan el encargo de cumplir ajenas venganzas injustas había logrado obligar el lamentable silencio de *Ester Mazelin*.

Pero la conciencia me gritó en seguida diciéndome que nó, que eso no sería nunca; aquel carácter indomable, aquella noble rebeldíaalzada siempre como una permanente protesta no silenciarán jamás sus aclamaciones sancionadoras porque un matón lo exija; no hará eso nunca, yo lo se, quien ha probado en cien ocasiones la altivez de su ánimo y la sinceridad verdadera de sus anhelos y de sus empeños.

Después recordé, porque lo sé también, las largas, las interminables fatigas del compañero que escribía los "Apuntes Diarios" de *Ester Mazelin*, y pensé que sería cruel obligar esa tarea realizada muchas veces al amanecer de los días y después del trabajo diario prolongado hasta deshoras; y sentí remordimientos por la parte de culpa que me cupiera en esa tortura que acabaría con la salud si no con la vida de quien la sufre. Y pensé, además, que á la larga esos esfuerzos que me entusiasman no alcanzan nunca otra cosa que exponer á quien los hace á la maléfica saña de la sociedad viciosa que con ellos se ofende, y á las vociferaciones estúpidas y á las publicaciones dañinamente intencionadas de los escritores de moda, de los que deso, en la conciencia obedecen sólo á los impulsos de la conveniencia mezquina y que en cada oportunidad saltan queriendo confundirnos los noblemente esforzados.

¡Y no estaría muy largo tiempo! y no estaría muy largo tiempo. ¿Qué día en que al director del periódico quéll llamara á cuentas á *Maze-* Qué advertirle que tareas como

la suya no le convienen á una empresa que vive precisamente de la simpatía de las gentes criticadas. Cómo iba su periódico á salirse de la línea que á los suyos le tienen marcada los colegas? y cómo iba él á dejar que le perdieran su negocio con tanto empeño sostenido por todos los medios?

Es un calvario cada intento de regeneración; y la labor de *Ester Mazelin* era una cruz llevada en dirección al calvario. El terreno que pisamos es aún muy escabroso, corretear en él mirando á lo alto, es un peligro. Por eso felicito á *Ester Mazelin* en nombre de los oprimidos de la tierra, y me complazco al reconocer en su labor á un amigo querido, á un compañero tan bueno, que lejos de dedicarse á ociosidades usa todos los medios legítimos para corregir los vicios sociales y moralizar á los que se complacen revolviendo el fango en que viven.

Soy admirador de *Ester Mazelin*.

J. E. HERNANDEZ

El Doctor Zambrana y los obreros

"El Noticiero" del viernes 15 del corriente trae un artículo del estimable jurisperito Don A. Zambrana, referente á la organización social del siglo XV y la de hoy, nos demuestra que son lo que nosotros llamamos vulgarmente, la misma mica con distinto rabo.

Dice el Doctor: "la sociedad entera era un conjunto, en cierto modo armónico, de las más tremendas injusticias."

"El "tercer estado", es decir, el pueblo, estaba devorado como por dos cánceres, el clero y la nobleza, y el poder Real era á la manera de un buitre que picoteaba la poca carne que escapaba de las úlceras. — Los privilegiados entre cruzados de la gente ociosa no dejaba al trabajador plebeyo más que un pedazo de pan negro y un poco de agua corrompida."

Los obreros vemos en lo anterior la fotografía, un poco desteñida, de nuestra situación actual, así como el ilustre escritor la pinta. Dice el Doctor que "hoy reina el despotismo del oro y antes el del poder real y el del feudalismo." En el actual momento legislativo de Costa Rica se ha trabajado por el hogar del obrero, por la conocida "pena condicional" (Doctor, sólo para los obreros?). Usted nos habla también de los de abajo, esto

me suena mal, pero me explico, los de arriba hacen las leyes y no es posible que afilen el cuchillo para su propia garganta. Sigue el Doctor: "Debe ayudarse á los artesanos para que lleguen á poseer hogar propio, que sea limpio y atrayente y á que por medidas análogas á las de Francia, Alemania y Bélgica, tengan la manera de hacer frente á las enfermedades y al desvalimiento de la vejez, así como á dejar asegurada la suerte de su viuda y sus huérfanos cuando llegue su muerte." Esto lo agradecemos, pero si no fuera una idealidad amable.— "No es necesario para que se adopten los planes que acabamos de indicar, que vengan artesanos al Congreso legislativo: su educación incompleta los hará equivocarse con facilidad aún en el manejo de sus propios intereses—no produciendo ello otra cosa que la vanidad." Doctor, las más expresivas gracias le damos los obreros y lo felicitamos por ser usted un médium intuitivo bien desarrollado, cosa de que los filósofos antiguos carecían y no juzgaban la ignorancia como usted, pero con su saber enseñaban al que no sabía. Sin embargo llegó uno de ellos á tal extremo que dijo: Sólo sé que nada sé. A los artesanos nos parece que no es tan inmerecida la distinción de ocupar un asiento en la Cámara alguno de nuestra humilde clase; pues á diario vemos que algunos la ocupan sin ser letrados y menos artesanos. ¿Será que estamos como en los tiempos venales? Y á propósito, y el principio republicano tan cacareado por la idolatría? ¿En qué quedamos Doctor, admiramos á Aristóteles ó seguimos á nuestro Licurgo. Usted que tanto admira á Guillermo Tell, salvador de la República Suiza; Washington, el fundador de la gran República del Norte; Franklin, el que arrancó el rayo al cielo y el cetro á los tiranos; el General Prín, jefe del partido republicano español, y Juana de Arco que libertó á la Francia y que usted tanto admira y venera, y con razón; sin embargo fueron diamantes que estaban escondidos, pero que se les llegó el día de dar al mundo la esplendidez de su potentísimo brillo. ¿No habrá entre nuestra colina obrera un diamante, señor geólogo?

Creemos, Doctor, que es injusto el juicio que se ha formado en su endurecida masa encefálica.

Sigamos con el Doctor: "No queremos una sociedad nueva en que entren á ser explotadores algunos de los desheredados de hoy; esa es una reforma miserable." Aquí está el Doctor en su elemento, y con todo dere-

cho defiende la parte más sensible y ataca la explotación; una nueva organización social que diera al traste con los venales sería para éstos el mayor de los descalabros. Ahora, Doctor, deseamos que nos despeje la incógnita de nuestro desastre económico: ¿somos los artesanos ó son los sabios los responsables? Una vez despejada esta incógnita, júzguenos, y de lo contrario, parodiamos á Jesucristo cuando le presentaron la mujer adúltera; y nosotros añadiremos que nuestros sabios son los responsables del desbarajuste económico y social y que aún nos han querido hundir más y más.

Estamos ciertos y seguros que el Doctor, no puede juzgarnos de explotadores, puesto que no hemos explotado, ni con sueldos ni en política y menos con los sentimientos religiosos, pero sí confesamos ser los que pagamos, nosotros los trabajadores en general.

GREGORIO SOTO Q.

Para los jóvenes

En el concepto moderno "saber, es hacer." El que no hace no sabe.

El simple erudito, aquel que sabe de memoria el año, el formato, la pasta y los folios de todas las ediciones de Horacio; (1) el que se metió en la cabeza, fidelísimamente, la mitad de las palabras del diccionario; el que recuerda, letra por letra, todos los artículos del Código; el que narra, punto por punto, todos los sucesos menudos de la historia, son, caritativamente juzgados, tipos raros, tan raros como inútiles.

Con toda esa clase de conocimientos se alcanzaba antes el nombre de sabio, de escritor, de jurisconsulto, de historiador, y el que poseía un Arca de Noé, repleta de esas bagatelas, era reconocido como director nato de las inteligencias y como guía de las naciones.

Ahora ya no: el saber práctico, el saber que se hace visible y tangible en los hechos, es el único que inspira interés. El otro, el palabrero el que siempre dice y no hace, ó el que constantemente sueña y no ejecuta, está bien para fonógrafos y papagayos.

En países incultos, nosotros por ejemplo, todavía se concede la superioridad á esos hombres, y á esos otros á quienes un arraigado fetichismo atribuye raras aptitudes, aunque jamás las hayan demostrado. Así, tenemos notables escritores que jamás han escrito; profesores célebres que

(1) El más popular de los poetas latinos (65 años antes de Jesucristo).

nunca han enseñado; políticos eminentes cuya vida ha sido un continuo desacierto; admirados novelistas que no han forjado ni siquiera un mal cuento y naturalistas insignes que sólo han visto la naturaleza en los libros de estampas.

Se les admira, se les imita y se les obedece, y por eso el país no adelanta una línea, como no sea en el camino de la vanidad.

Pero se comienza ya á sospechar que eso no está bien, y que los tiempos requieren otros directores. En efecto, los hombres de acción deben hacer su advenimiento é influir plenamente, sino queremos que el país, á fuerza de vivir estacionado, se muera. Los hombres que conciben algo y lo ejecutan, ó, por lo menos, aquéllos que dan siquiera un paso en la senda que imaginaron; aquéllos que algún esfuerzo hacen para acordar su vida con sus ideas, son los únicos que pueden salvar de una completa ruina á un pueblo tan quebrantado como éste. Los que viven para sí mismos, los héroes de puertas adentro, no; ni aquí ni en ninguna parte hacen falta, y harto hacemos con sufrirlos.

En cuanto á los que viven desmintiendo cínicamente con sus actos sus doctrinas; en cuanto á los que piensan blanco y hacen negro, esos son una lepra y sus manos todo lo ensucian y lo enferman.

A fuerza de leer y de vivir, se alcanza esta revelación: que la vida no está en los libros, ni el mundo está falto de palabras sabias. De lo que antes, y ahora más, anduvo escaso el mundo, es de hombres sinceros, de hombres valerosos que no vivan sobre la mentira. De lo que el mundo está sediento y hambriento es de gentes que abriguen una convicción y la proclamen á los cuatro vientos, serena y poderosamente. "Así pienso yo; esto es lo que mi espíritu ha vislumbrado; esto es lo que mi conciencia y mi razón me dicen que es lo sabio y lo justo: esta es mi luz, mi verdad y he de conformar mi vida con ella hasta donde las fuerzas me alcancen."

He aquí el lenguaje y la conducta de los hombres que necesita el mundo, y muy especialmente los pueblos enfermos como el nuestro.

Decir la verdad y hacerla.

Ahora, en cuanto á nuestros viejos conductores, en quienes por tanto tiempo hemos creído, les dejaremos que dormiten en su Olimpo, y mientras ellos sueñan con el pasado y siguen amontonando sabiduría inútil, nosotros nos alejaremos alegremente, y vuelta la cara hacia el sol, "haremos" la vida, una nueva, sana y fe-

cunda vida, cada uno según sus fuerzas.

ALBERTO MASFERRER

(Del librito *Recortes*)

GACETILLAS

QUE los dineros del Estado son por la voluntad de los que mandan— el patrimonio de cierta clase privilegiada— es una verdad tan sabida, que de sabida la olvidamos. Pero sucede cada cosa injusta en el reparto permanente de prebendas, que no vamos á poder estarnos silenciosos nunca. Ahora tenemos que se muere—por ejemplo—un empleado del Ferrocarril al Pacífico; todos lo sentimos y suponemos que en honor del muerto va á cumplirse la justicia de reemplazarlo con alguien que lo merezca por sus empeños en otras tareas de las que aprovechan á todos. Pues no: no sucede eso; sino que el señor Ministro tiene entonces ocasión de favorecer á cualquier pariente suyo, pésele eso á la justicia y á los que por ella nos desvivimos. Y así van siguiendo todas las cosas, hasta... que dejen de seguir.

DIRECTIVA

—DE LA—

"Sociedad de Trabajadores"

Presidente,	Don Ruperto Sáenz
Secretario,	" J. Elías Hernández
Prosecretario,	" Juan Arias R.
1er. Vocal,	" Juan H. Carrillo
2º "	" José María Jiménez
Tesorero,	" Andrés Montero

SUPLENTE:

1er. Vocal	Don Ignacio Madrigal
2º "	" Mariano Solano
3º "	" José Flores C.

ORIGEN DE LA PROPIEDAD

Para desprestigiar la antigua leyenda, según la cual la adquisición de la propiedad presume y documenta una singular magnitud de ingenio, de carácter y de actividad, basta leer con ojo sereno el libro sereno, según el cual la propiedad en todo tiempo se ha conseguido á precio de violencias, de robos, de rapiñas y de medios más vergonzosos aún.

Todas las familias de la alta clase francesa, por ejemplo, deben su fortuna á la complacencia de sus mujeres, quienes cedieron con solícita docilidad á los caprichos del rey de Francia.

En la Roma pagana no se tenía ninguna ilusión acerca de los métodos con que se adquiere la propiedad, y Juvenal lacónicamente afirmaba:

"A los delitos se deben las quintas, los empleos, los banquetes, la vajilla de plata y el gran poder..." (Sat. a. v. 75 76.)

En los primeros años del siglo XVII, Loyseau magistrado de Chateaudum escribe una obra para demostrar que las propiedades feudales eran producto de usurpaciones ó delitos.

Por fin, Goethe ha resumido el origen de la propiedad en este rápido diálogo:

Maestro de escuela.—Dime, pues, de dónde venido la fortuna de tu padre?

Discípulo.—Del abuelo.

M.—Y éste de quién la obtuvo?

D.—Del bisabuelo.

M.—Y éste?

D.—Se la robó.

A. J.